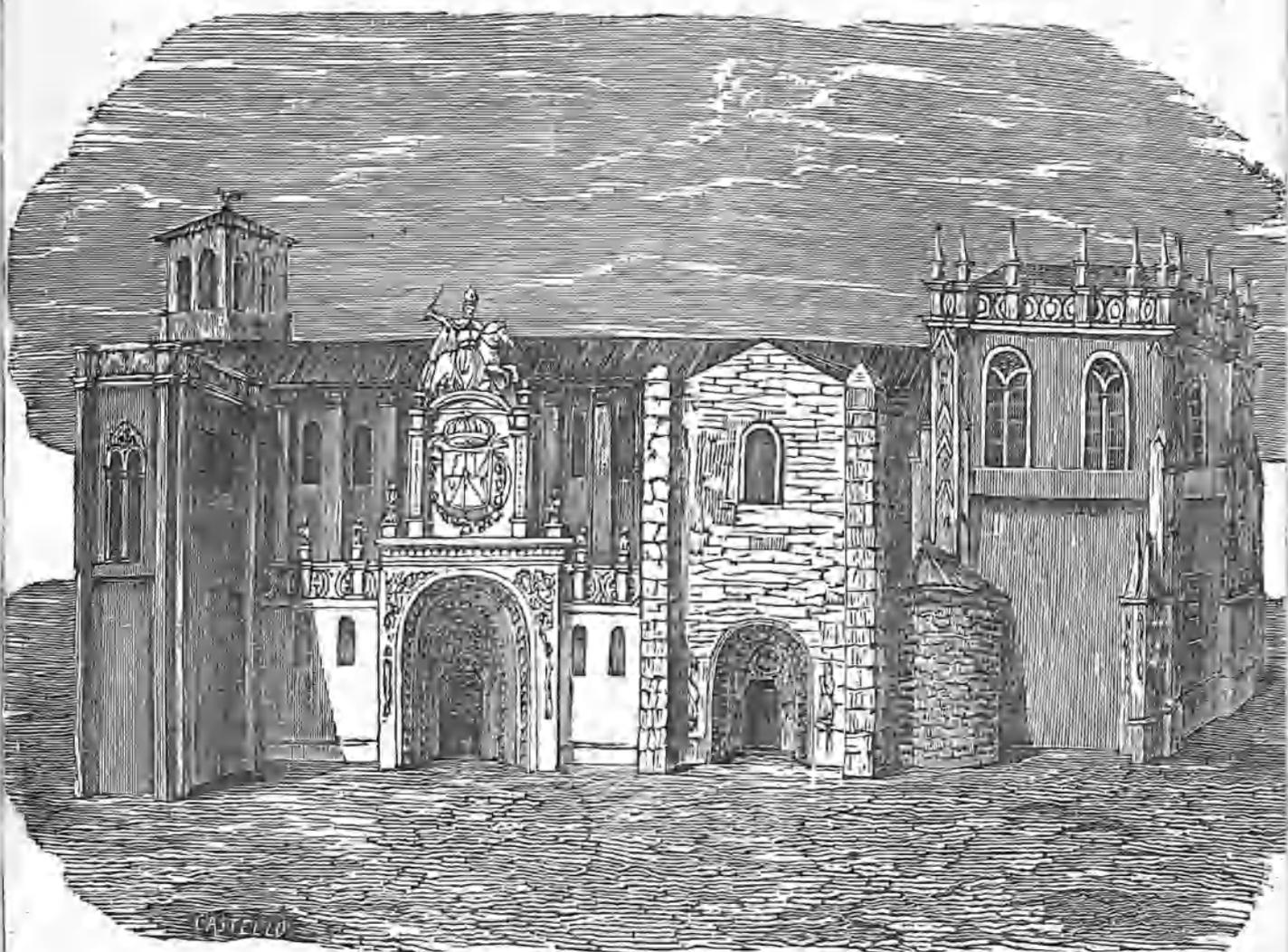


ESPAÑA PINTORESCA.



IGLESIA DE SAN ISIDORO Y PANTEON DE LOS REYES DE LEON.

Asalada la ciudad de Leon por Almanzor, rey de Córdoba, la restauró Alonso V; y edificó y dedicó á San Juan Bautista una pobre iglesia *de luto et latero* como dice el epitafio de su sepulcro.

Los reyes D. Fernando de Castilla y Doña Sancha de Leon, hija de D. Alonso, la demolieron y erigieron otra de piedra labrada que se tituló de *S. Isidoro* desde que los mismos reyes colocaron en ella el cuerpo de este Santo Doctor de las Españas traído de Sevilla por diligencia suya.

Subsiste aun la nave de este edificio que se puede citar para prueba de que la arquitectura gótico-germánica no se habia introducido en España cuando se construyó, que fue poco antes del año de 1063. Sus pilares son cuadrados, y en cada faz tienen media columna con razonable basa y capitel caprichoso, semejante á los que usaban antes de la restauracion de la buena arquitectura. En la misma nave está el sepulcro del arquitecto de esta obra, Pedro de Dios, llamado tambien Pedro de Vitambem.

D. Alonso el V destinó esta iglesia para sepulcro de los reyes sus antecesores, y se pasieron en ella las antiguas reliquias que los Católicos llevaron consigo en las

Segunda serie. — Tomo I.

invasiones. Reedificada despues como queda dicho por Don Fernando el Magno hacia la mitad del siglo XI fue dedicada despues á los canónigos regulares de San Agustín que D. Alonso el VII trasladó allí del convento de Carvajal, una legua distante de Leon, y que han permanecido en ella hasta nuestros dias.

La Iglesia es bastante espaciosa, de tres naves; al fin de la principal por debajo del coro se halla la entrada del que llaman *El Panteon* donde estan depositados por lo menos cuarenta y ocho cuerpos de personas reales; y es una capilla dedicada á Sta. Catalina, llena de sepulcros sencillos y sin ninguna suntuosidad, unos encima de otros y con esculturas de grosera labor; y por los letreros que en algunos se conservan y por las minuciosas investigaciones de Sandoval, Morales, Florez, Risco, Ponz y otros muchos que las visitaron detenidamente; consta que los principales cadáveres que aqui fueron sepultados ó trasladados de otras partes, son, — El de D. Alonso IV llamado *el Monge*, con el de su esposa D. Urraca. — El de D. Ramiro II. — El de D. Ordoño III y su esposa Doña Elvira. — El de D. Sancha I. — El de Ramiro III y su mujer Doña Urraca. — El de D. Berio II y de Doña Elvira, su mujer. — El de D. Alonso e

de su mujer Doña Elvira Gonzalez.—Los de D. Bermudo III, de su mujer Doña Jimena, del infante D. Garcia, hijo de D. Sancho, conde de Castilla; y de D. Sancho el mayor, rey de Navarra.—Los de D. Fernando el I el magno y su esposa Doña Sancha.—Los de D. Garcia, rey de Galicia, y de sus hermanas Doña Urraca y Doña Elvira.—De la reina Doña Urraca, y de su hija Doña Sancha.—De la infanta Doña Estefanía, hija de Alonso el VII.—De la reina Doña Teresa, mujer de D. Fernando el II.—Y de los infantes hijos de este rey, D. Garcia y Don Fernando.—De la infanta Doña Leonor, hermana de San Fernando; y de la infanta Doña María hija del mismo Santo rey.

Es ademas notable este suntuoso templo por la multitud de buenas obras de escultura y pintura, asi que por la cantidad inmensa de reliquias de varios santos, ademas del cuerpo entero de S. Isidoro que está sobre la mesa del altar principal, y antes de los trastornos y de las guerras de este siglo, era ademas rico en alhajas de preciosa hechura y considerable valor. Otro de los objetos mas apreciables de esta santa casa, es la libreria, en la cual se encuentran códices y manuscritos rarísimos. Por último, en esta antiquísima Iglesia se conserva una costumbre inmemorial, que otros atribuyen á un concilio celebrado en ella y concluido en Lugo contra los arrianos sacramentarios. Y esta devota costumbre, que tambien se observa en la catedral de Lugo, consiste en tener constantemente el Santísimo manifiesto dia y noche; lo cual se ha practicado sin interrupcion segun varios autores desde el siglo VII hasta el dia, pues aunque los moros tomaron á Leon, aseguran dichos autores que respetaron la primitiva iglesia de S. Juan, hoy de S. Isidoro.

UN PERIÓDICO POLÍTICO.

Desde aquí estamos viendo á muchos de los suscritores á cualquiera de los periódicos políticos de Madrid dejar el blando lecho entre nueve y diez de la mañana, y envueltos en su bata ó *paleto*, con los pies embatidos en anchas pantuflas, y la cabeza en un elegante bonete, se paltan su descuidada persona en una cómoda *butaca* recibiendo de un lado el grato calor de la chimenea francesa, y del otro las no menos agradables sensaciones del chocolate ó del café.

En esta actitud reciben húmedo todavía el número del periódico á que son suscritores. Abren el pliego que se presenta fiel y cotidianamente á darles los buenos dias, y que espresamente para ellos refiere cuanto pasa en las cuatro partes del mundo. Los unos le piden noticias de la guerra, otros de tribunales, bellas artes y literatura; tales de comercio, ciencias y teatros; cuales de robos, incendios, asesinatos y otros accidentes; y el activo peregrino, que de todo se ha informado en su obsequio, resalta á todas sus muchas y diversas preguntas. Ya están, gracias á su diligencia, al corriente de todo lo político, literario ó industrial del dia, y en estado de satisfacer la curiosidad de los que les dirijan la indispensable

pregunta de *¿qué hay de nuevo?* Ya están surtidos de materia de conversacion para todo el dia, y formada su opinion para poder lucir despues en la calle de la Montecorá ó en el Prado, en la tertulia ó en el café.

Pero digan ustedes, señores suscritores: cuando leen ustedes su número respectivo tan cómoda y pacíficamente, ¿les ha ocurrido preguntar alguna vez, como una produccion incesantemente renovada, y que consta de tan diversos elementos se compone y elabora para llegar á manos de ustedes trescientas sesenta y cinco veces al año; y porque medios la imprenta, que ha llegado á ser en nuestros dias uno de los poderes del estado, pone diariamente en movimiento sus mil brazos? ¿Han concebido ustedes lo que es el bufete, la oficina donde reside este poder, á quien los otros poderes sus ribales temen tanto para envilecerle y atacarle con encarnizamiento, ó para corromperle y solicitar su alianza? ¿saben ustedes bien lo que es un periódico político, trompeta de la verdad ó de la mentira, instrumento del bien ó del mal, segun sea quien le dirija; un periódico que tantos estragos puede causar, pero que tal vez es tambien el único capaz de verificar con igual fuerza el restablecimiento de lo destruido?

Los periódicos, así como otros muchos poderes, no han llegado de un golpe al estado en que hoy los vemos, sus principios fueron modestos; pero pueden vanagloriarse de su antiguo origen. Fueron conocidos bajo el título de *Acta diurna* entre los romanos. Estas *acta diurna* eran unas hojas lijeras, de las que los particulares hacian sacar copias para remitirlas á sus parientes y amigos de fuera de la ciudad, en las cuales se contaban los sucesos de la guerra, los acontecimientos de la poblacion, y los espectáculos dados al pueblo soberano. En las provincias y en los ejércitos se buscaban ansiosamente. No hay quien no sepa la etimología de la palabra *Gaceta* derivada de la voz *Gazzetta*, que era una moneda veneciana que fué el precio del primer periódico publicado en Venecia. A este periódico se siguieron otros muchos en los diferentes países de Europa, y por cierto que nuestra España no fue de los que mas tardaron en imitarle, pues ya en el reinado de Felipe IV era conocida la *Gaceta* de Madrid.

La redaccion de un periódico político, no obstante su cualidad de alta potencia, no tiene á su derredor ni guardia ni fuerza ostensible. Uno ó dos mozos están en una especie de antecala de sencilla apariencia: pues debe tenerse presente que los periódicos mas acreditados nada exigen del lujo moderno. Sucede con ellos como con los almacenes, que los mas bien cimentados no son los que ostentan en una calle concurrida por los elegantes la magnificencia de pinturas, bronce y cristaleria.

Se entra luego en una sala, cuyo mueble principal es una gran mesa con su tapete verde, mas ó menos emborronado de tinta. Penden de las paredes algunos mapas. Sobre unos estantes se ven cartones rotulados y unos cuantos libros que desde luego se adivina que son diccionarios, anuncios, colecciones de periódicos y otras obras de estudio y de gabinete. En la repisa de una ventana hay un plato con vasos; y no debe emitirse que sobre la gran mesa y al lado de media docena de salvaderas yacen fraternalmente confundidos todos los periódicos de aquel dia.

Son las once de la mañana y en la tal pieza, que es el salon de la *redaccion*, estan sentados al rededor del tapete verde cuatro ó cinco laboriosos escritores. El que de rato en rato consulta los mapas y abre diferentes cartas es el redactor de *noticias extranjeras*. Es el que sigue los movimientos ministeriales de los gabinetes de S. Pa-

tersburgo, Viena, París, Londres, y Constantinopla, con los demás acontecimientos de alta influencia europea, y el que aunque vecindado hace años en Madrid, tiene que trasladarse en espíritu mas allá de los Pirineos, y si es preciso de los Alpes, presenciar los congresos, vivaquear y aun dar batallas. Esto se entiende en el bufete de un periódico que aprecia la verdad y la sensatez y en el que se guarda el debido respeto al lector. El redactor de noticias extranjeras de un periódico racional, no adopta á la buena ventura todos los cuentos y paparruchas que tragan los crédulos suscriptores de otros. Su tarea, pues, no es fácil en medio de la multitud de documentos inciertos y contradictorios. Es un laberinto en que es precisa una gran práctica para volver á cojer el hilo conductor, distinguir lo verdadero de lo falso, y no tener que acudir á retractaciones.

Las atribuciones del otro redactor se encierran en la *política interior*. Los cambios de ministros, los candidatos á grandes puestos y las sesiones parlamentarias, y en fin la atmósfera representativa son su principal elemento.

Entre los objetos que cubren el tapete verde no deben olvidarse un gran par de tijeras que son el del redactor de *noticias de las provincias*. Sirven para cortar de los periódicos de ellas los asesinatos, robos y hechos de todas especies que entretienen la curiosidad de la mayor parte de los lectores.

Parecerá á ustedes desde luego que todo esto es muy fácil y hacadero: pues se equivocan de la cruz á la fecha. Se requiere tacto é inteligencia para entresacar de tantos hechos solo aquellos que puedan interesar á todas las clases, y no chocar con ninguna; huyendo sobre todo de los que puedan dar margen á formación de causa.

En esto llega otro redactor todo desalentado que viene de la audiencia, donde se ha agitado una causa célebre, y en la que ha tenido que hacerse todo oídos para coger á lo menos la sustancia de la acusación fiscal y la defensa del abogado, cuya reputación pende tal vez del extracto mas ó menos bien hecho del caballero redactor que por necesidad tiene que entender de estilo y lenguaje curial, aunque ni siquiera haya leído el *Febrero reformado*, ni por reformar.

Sobreviene á poco rato un *taquígrafo*, y pone sobre la mesa un gran rollo de quartillas llenas de garabatos taquígraficos. El desdichado ha tenido que estar en la tribuna de los periodistas cuatro ó cinco horas bien contadas, precisado á escribir, mirar y oír todo á un tiempo para pillar hasta la menor frase dicha en medio de una discusión bulliciosa; para conocer á cada uno de los oradores, para no omitir un aplauso, una risa ni una desaprobación, teniendo sumo cuidado de no cambiar los frenos en este punto, porque pudiera haber reclamaciones poco gratas. El pobre taquígrafo siente que ruedan en su cabeza las moliciones, las enmiendas y los proyectos de ley como otros tantos espectros formando un baile infernal. No hay remedio: es preciso que copie en caracteres usuales y corrientes toda aquella gerga de geroglíficos para dar cuatro ó cinco columnas á los cajistas, que aguardan ansiosos su presa, y no dejarán de maldecir por lo bajo la menor tardanza aunque sea indispensable. La mayor parte de los periódicos tienen la imprenta en la misma casa en que está la redacción, de modo que los originales pasan inmediatamente de la mesa á las cajas, conforme van saliendo de las manos del escritor. En cuanto al taquígrafo, martir de la representación nacional, comerá cuando Dios quiera si la sesión ha sido larga y borrascosa.

Regularmente cuando la redacción está mas ocupada se les suele antojar el venir, y no uno á uno, á los auto-

res, impresores y otros individuos que quieren se les inserte un artículo acerca de su obra ó un aviso que cada interesado cree que es de la mayor importancia para el público, pretende que salga con antelación á todos los demás, y comprometen los buenos deseos del redactor con la preferencia á que todos aspiran sin reparar en barras. Necesario es que se arme de toda una estóica imparcialidad, y de una franqueza que no á todos gusta, para resistir á tantos ataques, y acordarse de su responsabilidad moral para con los lectores. ¿Como dejarás de notarse alguna que otra vez en un periódico cierto acto de deferencia á las instancias, recomendaciones y compromisos de amistad ó de otros móviles, en la inserción de ciertos artículos?

¿Pues que diremos de los visitantes importunos, ó de los que con pretexto de negocios de importancia que pueden interesar al periódico se meten de rondón á hablar al redactor principal? Por lo comun tales negocios suelen ser algun acontecimiento de ninguna monta, pero prolijamente referido, para hacerle perder el tiempo y la paciencia, puesta ya á prueba con otros mil incidentes.

A cierta hora ya abanzada suele entrar el *regente* á decir que en artículos de fondo, noticias extranjeras y nacionales, sesión y teatros sobran tantas cuartillas, ó lo que es peor, faltan doscientas ó quinientas líneas mas ó menos. Es preciso en este caso calcular, discutir, dividir algunos originales en mas párrafos, para ganar siquiera algunas líneas por este lado, suprimir, extractar, abreviar: y en último apuro amputar sin compasión el primer periódico que esté á la mano y acomodarle á modo de cuña, mudándole cuando mas la fecha y la introducción. Todas estas faenas suelen tener lugar á una hora en que todo el mundo se ha ido menos el redactor principal, que luchando con las ganas de dormir, tiene que secarse los ojos cortijiendo pruebas, y cazando los yerros de imprenta que son la plaga y tormento de todo el que escribe. Disimulables son pues los que, no obstante el mayor cuidado, se escapan en un trabajo nocturno y precipitado.

Las prensas trabajan toda la noche. Tal vez en el discurso de ella un suceso inesperado, una orden del gobierno, inutiliza todo lo trabajado durante el día, y tiene que hacerse un número casi diferente. Por la mañana entran alborotando los repartidores, unos demasiadamente exactos, otros que dan continuas ocasiones de regaños por quejas de los suscriptores mal servidos por su negligencia. Si es día de correo tiene que lidiar el jefe de la redacción con los empleados en el cierre, ajustar sus cuentas del importe de la remisión de los números, escribir no pocas veces á los encargados en las provincias, y estar en pormenores que parece que se multiplican sin saber como.

Así se hace un periódico. En su redacción no hay fiestas, ni pascuas, ni vacantes, ni aun siquiera *estero* y *desestero*. Añádase la fianza y los riesgos de libertad individual, y el continuo sasto de baja de suscripción, y dígame despues si es vida quieta ni sopa boba la de un periodista político.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



JUAN RUFO GUTIERREZ.

Juan Rufo Gutiérrez nació en Córdoba; mas por la incuria de sus contemporáneos se ignora la mayor parte de las circunstancias de su vida, y solo tenemos algunas noticias sueltas que nos han dejado los escritores de aquel tiempo, y otras harto sucintas que se hallan en sus propias obras. Por el retrato que lleva al principio su poema *La Austriada*, y por haber sido procurador en las Cortes celebradas en 1570, se puede deducir que nació por los años de 1530 á 40. Representando á su patria en esta ocasion, habló discreta y elocuentemente delante de Felipe II. Enviado á D. Juan de Austria por la ciudad de Córdoba para darle el parabien, segun creemos, quando volvió á Madrid de recorrer los puertos del mediterráneo, recibió de este príncipe el cargo de su Cronista, con cuyo caracter le siguió en los viages y campañas de

Italia y de Levante, que despues describió como poeta (1). Regresó á España, no mucho antes de la muerte de Don Juan de Austria, en la capitana de Marcelo Doria, una de las once galeras que componian la escuadra que trajo el duque de Sesa, y desembarcó en Barcelona en 7 de abril de 1578. Permaneció algun tiempo en la corte, sin duda con el objeto de recibir alguna merced en premio

(1) Bien sabes que del Betis dulce, ameno,
 Hice á la corte mi primer jornada
 De obligaciones de mi patria lleno.
 Vine en su nombre por la bieu llegada
 A visitar al hijo victorioso
 Del Cesar mas temido por la espada.
 Ya sabes que este príncipe famoso
 Me dió el cuidado llustre de su fama
 Con gages de escritor, y asiento honroso.
Carta en tercetos á una dama.

de sus servicios; pero no recibió otra que quinientos ducados que le mandó dar el rey por el trabajo empleado en la composición de *La Austriada*.

En este tiempo le sucedió el caso que cuenta Porreño en su libro titulado: *Dichos y hechos de Felipe II el prudente*. «Entró un día, dice, Juan Rufo Cordovés, varon elocuente y práctico, á besar la mano á S. M., bien advertido de lo que le habia de decir, y muy seguro de que no se habia de turbar, porque decia, que consideradas las condiciones humanas, eran las mas de ellas comunes á todas, y que era falta de discurso estrañar tanto la presencia de un rey, especialmente tan católico y que oia con tanta atencion y apacibilidad á todos, y de quien se sabia cierto que jamas habia hablado á nadie con enojo, ni dicho mala palabra que le pesase. Pues como llegado el toque de la M. R. no las tuviese todas consigo, perdió el ánimo y el brio, y dijo en saliendo; que le habia sucedido como á los que miran al horizonte, que les parece que el cielo y la tierra se juntan y abrazan, y llegando despues á aquel mismo punto, se hallan con las mismas leguas de distancia.» Resuelto á volver á su patria despues de diez años que faltaba de ella, por los de 1578 salió de la corte pobre y desfavorecido, como él mismo dice, y al pasar por Toledo se detuvo ocho meses en esta ciudad al arrimo del dean de aquella iglesia D. Pedro de Carvajal, á quien en agradecimiento dirijió el último soneto que se halla en sus poesias impresas al fin de las apotegmas. En la dedicatoria de esta obra se queja tambien al príncipe del poco favor que habia tenido, diciendo que espera de él no las mercedes sin tasa que muchos, sino la que baste para emplear la vida en loables estudios, ya que por falta de arrimo ha perdido parte de lo mejor de su edad. Llegado á Córdoba echó menos á tantos amigos que prorumpió en aquel dicho que puso despues en la citada obra: «no hay batalla sangrienta que tanto sportille el escuadron de los amigos como diez años de tiempo».

Juan Rufo tuvo dos hijos, uno llamado Juan y otro Luis que ha dejado memoria por haber cultivado la pintura con grandes progresos, pues habiendo ido aun muy jóven á Roma venció en público certamen al célebre pintor Miguel Angel Caravaggio. A este su hijo Luis dirijió Juan Rufo una bella carta en redondillas hallándose en Barcelona, donde, segun parece, tuvo por el rey la comision de proveer de vestuario algunos tercios del ejército. Antes de darle en ella los mejores documentos de moral y de prudencia, discurre por los juegos y entretenimientos de la edad pueril, que por la gracia y propiedad con que los describe, no queremos dejar de copiar aqui.

Dulce hija de mi vida,
Juro por la que te quiero,
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis daños.

.....
Dos veces al justo son
Las que Febo ha declinado
Hasta el capricornio clado
Desde el ardiente leon;
Despues que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Mas por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.
Espérame, que ya voy
Do te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
Adonde quiera que estoy.
Mas al fin de esta jornada

Espero sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que seremos camarada.
Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mia,
Y hacerte he compañía
Como si fueras anciano.
Y si algun camino tuengo
Te causa, ó causa embarazos,
Llevarte he sobre mis brazos
Como en el alma te tengo.
Darle he besos verdaderos,
Y transformándome en tí,
Parecerán bien en mí
Los ejercicios primeros.
Trompos, cañas, morterillos,
Saltar, brincar y correr,
Y jugar al esconder;
Cazar abispas y grillos.
Andar á la coscogita
Con diferencias de trotes,
Y tirar lisos viroles
Con arco y cuerda de guita.
Chifle en bueso de albarcoque,
Pelota blanca y libiana,
Y tirar por cerbatana
Garvanzo, china y bodaque.
Hacer de una haba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarcillos,
Joyas en que no se pierde.
Zampoñas de el alcávil,
Y de cogollos de cañas.
Reclamos, que á las arañas
Sacan á muerte cruel.
Romper una amapola
Hoja por hoja en la frente,
Y escuchar á quien nos cuente
Las consejas de Bartola.
Llamaremos, si tu quieres,
Por escusarnos de nombres,
Tios á todos los hombres,
Y tias á las mujeres.
Colampio en que nos mezcamos,
Colchones en que trepemos,
Nueces para que juguemos,
Y algunas que nos comamos.
Cuarto lacio en el zapato,
Mendrugos en faltriguera,
Con otra cosa cualquiera
Que sacar de rato en rato.
Tener en un agujero
Alfileres y rodajas,
Y asechar por las sonajas
Cuando pasa el melcochero.
Y porque mejor me admitas
De tus gustos á la parte,
Cien melcochas pienso darte
Y avellanas infinitas.
Mazapanes y turrón,
Dátiles y confitura,
Y entre alcorzada blanca
El rosado canelón.
Mas cuando sufra tu edad
Erator de mayores cosas,
Con palabras amorosas
Te enseñaré la verdad....

Juan Rufo fue varon de claro y agudo ingenio, de que son un argumento sus seiscientas apotegmas; y por esto y por su afable y cortesano trato y probidad de costumbres, mereció el aprecio de los mas distinguidos personajes de aquel tiempo, como fueron Rui Gomez de Silva, duque de Pastrana, D. Diego de Silva, conde de Salinas, el arzobispo de Valencia D. Juan de Rivera, el marqués de Tarifa, D. Alonso Idiaquez, general de la caballeria de Milan, y otros muchos.

Para celebrar los hechos de D. Juan de Austria, escribió *la Austriada*, en cuya composición gastó diez años,

y la dió á luz en Madrid en 1584. Reimprimióse el año siguiente en Toledo, y finalmente en Alcalá de Henares en 1586. Habíala concluido en 1582, dirigiéndola á la Emperatriz de romanos y reina de Ungria y Bohemia, sin duda por haberse faltado su Mecenas D. Juan de Austria. A pesar de haberse hecho las tres citadas ediciones de la *Austriada*, sus egemplares han escaseado tanto, que apenas se encuentra alguno en poder de tal cual curioso. Aun en la biblioteca nacional de Madrid se echa menos el que habia, y cuyo asiento se encuentra en el índice. Por este motivo el conde de Florida-blanca hizo esquisitas diligencias, y aun ofreció premio á quien le proporcionase un egemplar para reimprimirla, y no lo pudo conseguir. Lo mismo sucedió á D. Tomas de Iriarte que escribió al cabildo eclesiástico de Córdoba con la igual sollicitud.

El doctor D. José Camacho, rector del colegio de N. S. de la Asunción de Córdoba tuvo gran empeño en la reimpression del poema de Rufo, para lo cual le franqueaba un egemplar que poseia una persona curiosa de aquella ciudad; pero los deseos del Sr. Camacho tampoco llegaron á tener efecto.

Los apotegmas que dirigió al príncipe D. Felipé fueron impresos en Toledo en 1596 y son, segun creemos, tan poco comunes como la *Austriada*.

Este poema fue grandemente celebrado de los escritores coetáneos, que segun la costumbre de aquel tiempo, compusieron muchos versos para colocándolos al principio, recomendar la obra.

El mismo Cervantes hizo un soneto para ser del número de los panegiristas, y no contento con esto la celebró en el escrutinio que de los libros de D. Quijote hicieron el cura y el barbero, diciendo: «aquí vienen tres todos juntos, la *Aruca* de D. Alonso de Ercilla, la *Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y el *Monserate* de Cristoval de Virues poeta valenciano. Todos esos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España.»

La censura de los modernos menos indulgentes y mas justos ha sido bien diversa por cierto. El abate Lampillas no tan rigoroso como alguno de estos se estiene á decir «qué mereceria Juan Rufo el mas elevado puesto entre los poetas heroicos, sino hubiera dado lugar en su poema á alguna otra hazaña poca digna de la magestad épica;» pero el rígido traductor de Blair no quiere que á la *Austriada* se le dé el nombre de Poema, y así dice: «el autor pronunció sin pensar lo el juicio que debe formarse de su obra, cuando aseguró (en su prólogo) que es una curiosidad escrita en verso de materias difusas, en que intervienen diversas maneras de personas, lugares, y sucesos.»

No hemos querido detenernos copiando todo lo que sobre la *Austriada* discurre el Sr. Manarria, y concluiremos diciendo únicamente, que la revolución literaria ocurrida en nuestros dias ha puesto al espesado Poema, si no nos engañamos, en otra categoría bien diversa de aquella en que lo habian colocado los clásicos rigoristas. Desatadas las trabas, no siempre fundadas en la naturaleza, con que se procuró por tanto tiempo contener demasiado el vuelo del ingenio, señalándole un solo rumbo del que no le era dado salir, deberá mirarse el Poema de Rufo bajo un nuevo punto de vista, y su crítica recaer mas que en el plan, materia y carácter de la composicion, en sus accidente y desempeño con relacion al designo que concibió el poeta.

Luis María Ramírez y las Casas-Deza.

DEL CARBON DE TIERRA,

Y DEL MODO DE CONOCERLE Y PREPARARLE.

El grande influjo que el carbon de piedra (*hulla*) ejerce en la industria de un pais, ha colocado este mineral en el número de los mas estimados; si en las inmediaciones de Madrid se descubriese el carbon de piedra, la capital del reino cambiaria de aspecto; por esta razon algunas personas amantes del fomento de nuestra industria, me han invitado á escribir un artículo despojado del lenguaje técnico, que facilitando los medios de buscarlo y conocerlo, estimule á esta clase de investigaciones á los habitantes de esta provincia ó de las colindantes. La España necesita generalizar el uso de este combustible para reparar la devastacion de nuestros bosques que se estan arruinando por momentos; por lo mismo he creído oportuno dar tambien una noticia del método de carbonizarlo en pilas, que siendo el mas fácil y sencillo, podrá introducirse sin obstáculo en los diversos puntos de la Peninsula, donde ya se ha descubierto este precioso mineral. ¡Ojalá los resultados correspondan á mis deseos! — *Rafael Amar de la Torre.*

Depósitos de Carbon de piedra ó Hulla.

Las capas ó mantos de hulla se encuentran entre las capas de otras dos rocas que los geognóstas llaman *arenisca carbonifera* y *pizarra carbonifera*: la *arenisca* es una roca de grano fino, comunmente muy dura, de color agrisado mas ó menos oscuro, ó bien amarillento y á veces rojizo. La *pizarra* es una roca compacta, de aspecto terroso, de color agrisado pardo, ó negruzco, raras veces rojizo ó blanco; generalmente su color es mas oscuro cuando está mas próxima de las capas de carbon; esta pizarra se divide en lajas como la de tejar, pero es poco consistente: á veces por la accion de ciertos fuegos subterráneos adquiere mayor dureza y un color semejante al de las tejas y baldosas despues que se han quemado en los hornos. La *arenisca* y la *pizarra* contienen restos de plantas: las hojas se encuentran estampadas en la roca, los troncos empotrados, á veces las plantas y sus semillas estan carbonizadas; tambien suelen encontrarse algunas conchas diseminadas en estas rocas.

Si los depósitos de hulla estuviesen siempre en la superficie del terreno, seria muy fácil descubrirlos, pero generalmente estan cubiertos por otras rocas que los ocultan; por esto deben buscarse en los valles, en las faldas de las montañas, en los barrancos y quebraduras del terreno.

Cuando se encuentra algun canto que da sospecha ser de hulla, debe romperse para obtener una superficie fresca y limpia: si lo es en efecto, se desmenuzará donde reciba el golpe, y presentará una masa compacta ó granada, de color negro ó bien pardo oscuro, mate ó lustroso.

En los criaderos de hulla se encuentran diversas variedades de este combustible que son fáciles de reconocer. La *hulla compacta* se presenta en masas compactas; cuando se rompe, ofrece una superficie plana, ó bien con ligeras concavidades, y tiene un aspecto parecido al de la madera de ébano; arde con llama blanquecina, da poco humo, y espanta un olor bastante agradable. Esta variedad es á propósito para aquellas operaciones que exigen un fuego de llama (para quemar la piedra de cal, para las calderas de las máquinas de vapor ect.), como este mineral se puede tallar y torneár y admitir un buen pulimento, se fabrican con él varios objetos de adorno como collares, pendientes ect. La *hulla crasa*

es mas pesada que la variedad anterior, tiene mas brillo, arde con facilidad, da un humo muy negro, y esparce un olor muy desagradable, análogo al del alquitran ó breá; su masa se esponja, sus partes se coagulan y forman á modo de una masa fundida; esta variedad es la que se emplea para los hornos de fundición. La *hulla seca ó magra* es mas pesada que las variedades anteriores, no tiene brillo, comunmente está mezclada con un metal de color de bronce llamado pirita de hierro, arde con dificultad, esparce un olor de azufre, su masa no se esponja ni se coagula, y deja unas cenizas terrosas. Esta variedad no sirve para los hornos ni para las fraguas.

La hulla comunmente no se emplea cruda ó al estado natural, antes es preciso carbonizarla del mismo modo que la leña. El carbon que se obtiene de la hulla se llama *coac*. El *coac* presenta una gran diferencia en su aspecto: unas veces conserva la forma de los trozos de hulla, y solo disminuye de volumen, otras conserva la forma y el volumen y otras se hincha, aumenta de volumen, y forma una masa mas ó menos esponjosa.

Para reconocer exactamente estas relaciones, de las que depende en muchos casos el que la hulla sea ó no á propósito para hacer coac, se reduce á un polvo muy fino, se echa en un crisol con tapadera, se pone en un hornillo con carbon encendido, y se alimenta el fuego hasta que el polvo del crisol se ponga candente; la hulla de la 1.^a clase deja el coac en un estado pulverulento, la de la 2.^a deja una pasta en forma de torta, á veces es tan consistente que cuesta trabajo el romperla, finalmente la de la 3.^a clase sufre una verdadera fusión, forma una masa homogénea, que toma la forma del crisol, se esponja mas ó menos, y á veces hasta tal punto, que si el crisol es pequeño no puede contenerla. Estas relaciones de las diversas clases de hulla concuerdan exactamente con su composición química, y sirven por consiguiente para distinguir su calidad. Las hullas de la 1.^a clase se llaman *hullas arenosas*, las de la 2.^a *hullas escoriosas* y las de la 3.^a *hullas pastosas*.

Es necesario tener presente que en la carbonización de la hulla del mismo modo que en la de la leña se obtiene mayor ó menor cantidad de carbon, segun que el fuego sea lento ó precipitado; esta diferencia es tanto mayor cuanto mas pobre es la hulla; sin embargo, difícilmente llega á un 6 por 100, y cuando la hulla es muy rica no llega á un 4 por 100. Es muy notable que cuando las hullas se someten á un fuego lento y que poco á poco se eleva hasta el rojo fuerte, cuyo procedimiento es el que rinde mayor cantidad de carbon, pueden aparecer como de naturaleza distinta: la hulla que en un fuego muy acelerado, aparece como escoriosa, tratada á fuego muy lento puede aparecer como arenosa; bajo las mismas condiciones la hulla pastosa puede aparecer como escoriosa.

(Se concluirá.)

CRÓNICA.

ATENEO DE MADRID.

SECCION DE LITERATURA.

Sesion del 1.^o de marzo de 1859.

Continuando la conferencia pendiente acerca de las *unidades dramáticas* tomó la palabra el Sr. Corradi, y antes de tratar

de la unidad de acción á que pensaba limitarse, protestó que no pertenecía exclusivamente á ninguno de los dos bandos clásico y romántico que en la actualidad dividen el campo literario, por estar convencido del error en que incurren los literatos en el hecho de juzgar como malas las obras que no se amoldan á su escuela particular. Segun la que resulta del acto (dijo) la cuestion de las tres unidades ha dado motivo á largos debates, y por consiguiente poco ó nada nuevo podré decir en el asunto: sin embargo viendo condenada hasta cierto punto la observancia de las reglas llamadas clásicas, quisiera preguntar ¿si las hay ó no para las artes de imitación? En mi sentir existen y las juzgo necesarias; porque siendo tan espacioso el campo abierto á la imaginacion humana, y hallándose ésta tan expuesta á extraviarse y perderse; para que pueda marchar por el buen camino, para que siga las huellas de un gusto esencialmente bueno cual existe en todas las artes de imitación, es preciso que haya máximas, preceptos, reglas. Agregó á estas otras razones para probar la necesidad de las reglas, y concluyendo por demostrar que si bien no fueron estas observadas por los poetas griegos como se vé en sus tragedias, no por eso podia negarse su utilidad y conveniencia.

Pasando á hablar de lo dicho en la sesion anterior acerca de que la falta de unidad de lugar no destruya la ilusion teatral, fue de opinion que esa falta era enteramente contraria á la verosimilitud, y que en su modo de ver faltando la verosimilitud desaparece la ilusion. Puso algunos ejemplos para fundar su aserto; y añadió que si posible fuese ni aun en los entreactos debería caer el telón, á fin de conservar al espectador su ilusion no interrumpida, y que los actores mismos no viesan apagado su entusiasmo con el movimiento de aquellas lienzas que les recordaba ser imaginaria y falso cuanto ensucediera su fantasía.

Concretándose á tratar de la unidad de acción, dijo, que esta la encontraba fundada en la de interés, ó la que es igual en aquel concurso de todos los personajes de un drama ó la intriga y al peligro en que cada cual de ellos viene parte. Para probar que el interés se funda en esa unidad cito las *Horacias* de Corneille, cuyos tres primeros actos tienen mucho interés por aquella causa; así como correce de él los dos siguientes por contener otra acción distinta, y saber de antemano los espectadores cual será el fin ó desenlace de ella. En nuestros dramas, (añadió) y en los de Shakespeare, sucede igualmente que muchas veces desaparece el interés por faltar la unidad de acción. Este defecto se hace notar mucho más comparando el mayor grado de interés que por la observancia de aquella regla ha sabido excitar Casimiro Delavigne en *Los hijos de Edouardo*, con el escaso que produce el *Ticando* de Shakespeare, sin embargo de sus bellezas.

Estando en seguida á hablar de la unidad de tiempo, y no convino de modo alguno en la necesidad de darle la latitud que se pretendia, á protesta de ser corto el tiempo concedido ordinariamente para desenvolver bien un carácter dramático; porque en su opinion jugaba por el contrario que es un deber de los escritores pintar las pasiones bajo el carácter que se supone en el personaje, y no presentar este bajo todos sus aspectos.

Resumiendo por último cuanto habia manifestado acerca de las unidades dramáticas, concluyó diciendo, que á los escritores saben aprovecharse de las ventajas que ofrece la observancia de las reglas, lograrán resultados de mas importancia que no siguiendo los pasos de Victor Hugo y Alejandro Dumas.

Para contestar el Sr. Alcalá Galiano á lo que acababa de manifestar el Sr. Corradi, comenzó diciendo, que en la época de la restauracion de las letras en España se abrieron certámenes literarios en varias reuniones ó academias particulares no semejantes de las secciones de este Ateneo, en las que habia siempre un mantenedor para defender la tesis propuesta contra las opiniones contrarias á ella. Yo me veo en este caso (prosiguió) el rumbo que ha tomado la cuestion me ha precisado á hacer el papel de saballero mantenedor, y á comparecer con el primero que se presenta: así lo hice en la sesion pasada, y así lo haré ahora por encontrarme en situacion semejante á la de entonces. No es extraño, añadió, que el Sr. Corradi, atendido únicamente al breve extracto que de cuanto yo dije resulta en el acto, no haya podido formar juicio exacto de lo que manifesté acerca de la cuestion presente; por lo cual recapitaré en breves palabras lo que entonces dije para ser consecuente en lo que voy á decir ahora.

Después de hecha esta recapitulacion, continuó diciendo que convenia con el Sr. Corradi en no reconocer clásicos ni románticos en cuestiones literarias; porque esa division impor-

tada de Alemania á Italia y Francia, de donde ha pasado á España, es funesta para las letras: si hizo la sana crítica vá haciendo ya desaparecer semejante distinción. Los románticos, añadió, siguiendo una senda equivocada, están muy lejos de ser lo que pretenden. Los verdaderos románticos fueron los griegos; y lo eran según la naturaleza, esto es, siguiendo sus inspiraciones sublimes. Los poetas que vinieron después, no fueron ya originales: Horacio, Virgilio y demás escritores coetáneos ó sucesores suyos, eran simples imitadores de los griegos. No he querido decir, continuó, que no haya reglas; sino que así como Aristóteles las sacó del estudio y observación de los modelos griegos, de la misma suerte debemos deducir nosotros las que hayan de observarse en la poesía dramática, de aquellas composiciones modernas escritas según el espíritu, gusto y tendencia de un teatro que no es ya el de Grecia. Por consiguiente es forzoso en el estado actual de ese género, formar una poética nueva, tomada de los dramas de Schiller, Shakespeare, Calderón, Moreto, Lope de Vega, &c.

En seguida habló de la unidad de acción; y reproduciendo lo que ya había dicho en la sesión anterior, añadió que la consideraba como subsidiaria de la de interés.

Respecto de la ilusión teatral de que había hablado el Sr. Corradi, dijo que esa ilusión no se sabe lo que es. En su concepto era realmente un afecto místico; y en prueba de ello recordó la frecuencia con que experimentamos en el teatro la sensación terrible y aun dolorosa que produce en nuestra alma la situación de los personajes de un drama, sin que esta sensación nos impida juzgar del mérito del poeta y de actuar en el desempeño de aquellas situaciones. ¿Porque, pues, añadió, aplaudimos al mismo tiempo que lloramos? Resolvió esta cuestión y puso otro ejemplo de un rústico que en una representación creyendo que realmente contenía veneno la copa en que el actor iba á beber, gritó con empeño para que aquel no lo hiciese; y esta sensación que entonces experimentó el rústico, dijo ser una ilusión bastarda.

Para que esta fuese, añadió, tan completa como se pretende, sería preciso que el espectador creyese hallarse realmente en el paraje que se finga en el teatro, que prescindiese de la medida de los versos, y supiera que los personajes hablaban idioma distinto del suyo; de otro modo esta ilusión no puede ser distinta de la producida por la imagen de la verdad, mas no por la verdad misma. Y he aquí por que nos causa ilusión la buena disposición de la escena, los buenos trages, y particularmente la versificación que halaga el oído agradablemente. La ilusión producida por un drama con diferencia de lo que contribuye á aumentarla el aparato escénico, la declamación &c., es igual á la que logramos con la lectura de una novela.

Pasando á tratar de las inverosimilitudes á que puede dar ocasión la infracción de las unidades, dijo que solamente se hacen perceptibles aquellas cuando no se empeña suficientemente el interés; y en prueba de ello, añadió, he visto representar en Inglaterra la tragedia de Otelo de Shakespeare: el protagonista durante la acción hace un viaje desde Venecia á Chipre, y puedo asegurar que yo he hecho con él ese viaje en el teatro sin marearme. La razón es que Shakespeare arrastra al espectador, le conduce á donde quiere sin violencia, sin que advierta la inverosimilitud, bien al contrario de Ducis, á pesar de haber procurado este sujetar su Otelo á la rigidez de las reglas; diferencia enteramente igual á la que aparece entre Las hijas de Eduardo de Casimiro Delavigne y el Ricardo de Shakespeare, muy superior al primero bajo todos aspectos. Si puede haber duda en que las inverosimilitudes respecto de la unidad de tiempo, no disminuyen el interés dramático, y que no es absolutamente necesaria, preguntase si en el Cid de Corneille no crees el espectador haber trascorrido mas de las veinte y cuatro horas concedidas por la regla? Y en este punto el espectador mismo es el que quebranta la regla, como obligado á ello por la estension misma de la fábula, y porque el interés no le ha dado lugar á calcular el tiempo que ha pasado.

Como deducción de estas observaciones y otras relativas á la latitud que debe darse á las reglas unidas de lugar y tiempo, sentó como máxima: que en su opinión, tan grave error comete el que piensa en las reglas con el objeto de infringirlas, como el que no aparta de ellas la vista para observarlas servilmente.

Repitió en seguida lo que había dicho en la sesión anterior acerca de no ser posible pintar el carácter de un hombre limitándose al corto espacio de veinte y cuatro horas;

y añadió que solamente se puede en ese tiempo desenvolver una pasión bajo el aspecto de un carácter dado. No es posible, dijo, presentar en tan breve término los grandiosos caracteres de Desdemona, de Hamlet y otros de Shakespeare.

Resumiendo cuanto había dicho, y haciendo aplicaciones al siglo actual, concluyó asegurando que este exige una poética absolutamente nueva; que es muy de lamentar el ver algunos poetas dramáticos incurrir en desatenciones y delirios dignos de censura, cuando precisamente en la nueva escuela hay primeros de mucho mérito; pero que los errores en que estos aparecen en vollos no nacen del género adoptado, sino de la falta de estudio de los modelos que debían servir de norma á los poetas para llegar á la perfección.

El Sr. Hartzenbusch hizo tambien algunas observaciones sobre la cuestión propuesta, y fijándose particularmente sobre la inculpacion que se hacia á la escuela moderna por la inobservancia de las reglas, dijo que en su sentir no se quebrantaban tan ampliamente como se ergia, y mucho menos la de acción guardada en general con particular cuidado. Que si bien las demas no se observan con igual esmero, tampoco puede alegarse en contrario ejemplos ni aun de los mismos preceptistas, quienes no pocas veces fueron bastante laxos respecto de la de lugar. Que si en el drama de Napoleon, de Alejandro Dumas, se ve alterada la unidad de tiempo, puesto que abraza el espacio de 80 años, el autor se valió de esa licencia con objeto de presentar un cuadro dramático de la vida de aquel grande hombre. En el supuesto, añadió, de que todas las unidades dependan unas de otras por estar enlazadas entre sí, escogida una acción debe concederse al autor todo el tiempo necesario para desenvolver sus incidentes con verosimilitud, porque no es fácil hacer que la acción dure el mismo tiempo que se emplea en su representación, aunque entre los dramas modernos hay alguno que lleva tan recomendable requisito. Y concluyó manifestando su extrañeza de que tanta guerra se hiciese al drama moderno porque ha sacado el yugo de las reglas, cuando se puede probar que en este punto no son tan reprimibles como lo fueron nuestros antiguos dramáticos.

El Sr. Segovia reiteró su protesta de no tener ortodoxia literaria como había dicho en la anterior conferencia; y entusiasmado en la oportuna que puede ser á veces el quebrantamiento de las reglas cuando por ese medio se consigue un resultado feliz, citó en prueba de ello *Los Amantes de Teruel*, drama escrito por el Sr. Hartzenbusch, en donde la escena cambia á vista del espectador trasladándose esta repentinamente desde Teruel á un bosque sin disminuir el interés dramático.

El Sr. Hartzenbusch rectificó algunos hechos, y manifestó su agradecimiento al Sr. Segovia por el elogio que había hecho de su drama.

El Sr. Duque de Frias habló de los románticos y del falso modo de ser que tienen al desempeñar sus asuntos, diciendo que el mal romanticismo consiste en el empeño de los autores en valerse de lo pasado para hablar de lo presente, sin echar de ver la incongruencia que no puede menos de haber en épocas tan diametralmente opuestas entre sí. En su opinion solo Walter Scott es el que ha sabido entender el romanticismo, porque en sus novelas pinta á los hombres tales como eran en la época que describe; y después de hacer varias reflexiones sobre las unidades dramáticas y el modo como las han entendido los escritores eminentes, concluyó diciendo con S. Agustín que los grandes genios guardan las reglas porque tienen genio.

NOTA. Esta discusión continuó en la conferencia del viernes 8, habiendo tomado parte en ella los Sres. Terradillos, Escario, Alcalá Galiano, Pidal, y Vila; y teniendo otros varios Sres. pedida la palabra, se señaló su continuación para la noche del viernes 15.

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

Domingo 10 de marzo de 1839.

Han ingresado en este día 28,832 rs. vn. impuestos por 169 individuos, de los cuales los 64 han sido nuevos imponentes.

El director de semana, Marqués viudo de Pontejos. — El contador, Antonio Guillermo Morano. — El tesorero, Joaquín de Fagoaga. — El secretario, Ramon de Mesonero Romanos.